

Habitar en el “Lugar Santísimo” a través de la Sangre

“Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que nos fue abierto a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura.” —Hebreos 10:19-22.

En estas palabras tenemos un resumen del contenido principal de esta Epístola, y de la “Buena Nueva” acerca de la gracia de Dios, tal como el Espíritu Santo hizo que fuera presentada a los hebreos, y también a nosotros.

Por el pecado, el hombre fue expulsado del Paraíso, alejado de la presencia y la comunión con Dios. Dios, en su misericordia, buscó, desde el principio, restaurar la comunión rota.

Con este fin, dio a Israel, mediante los tipos sombríos del Tabernáculo, la expectativa de un tiempo venidero, cuando el muro de separación sería removido, para que Su pueblo pudiera morar en Su presencia. “¿Cuándo vendré y me presentaré delante de Dios?” era el suspiro anhelante de los santos del Antiguo Pacto.

Es también el suspiro de muchos de los hijos de Dios bajo el Nuevo Pacto que no entienden que el camino al “*Lugar Santísimo*” ha sido realmente abierto, y que cada hijo de Dios puede y debe tener allí su verdadera morada.

Oh, mis hermanos y hermanas, que anheláis experimentar el pleno poder de la *redención* que Jesús ha realizado, venid conmigo a escuchar lo que nuestro Dios nos dice acerca del Lugar Santo abierto y de la libertad con la que podemos entrar a través de la sangre.

El pasaje que encabeza este capítulo nos muestra en una primera serie de cuatro palabras lo que Dios ha preparado para nosotros, como terreno seguro sobre el cual puede descansar nuestra comunión con Él. Luego, en una segunda serie de cuatro palabras que siguen, aprendemos cómo podemos estar preparados para entrar en esa comunión y vivir en ella.

Leed atentamente el texto y veréis que las palabras “*acerquémonos*” son el centro de todo. Este esquema puede resultar de ayuda.

I. Lo que Dios tiene preparado para nosotros

- i. “El Lugar Santísimo”—es decir El Santuario: el Lugar Santo.
- ii. La Sangre de Jesús.

iii. Un camino nuevo y vivo.

iv. Un gran sacerdote.

II. Cómo nos prepara Dios para lo que Él tiene preparado para nosotros

i. Un corazón verdadero

ii. Plena certeza de fe.

iii. Corazones purificados de mala conciencia.

iv. Cuerpos lavados con agua pura.

Leamos ahora el texto teniendo presente este bosquejo: “Así que, hermanos, tenemos libertad para entrar en *el Lugar Santísimo* por *la sangre de Jesucristo* , por *el camino nuevo y vivo* que él nos abrió a través del velo, es decir, de su carne, y teniendo *un gran sacerdote* sobre la casa de Dios.

“ Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe , limpiados los corazones de mala conciencia , y lavados los cuerpos con agua pura .”

I. Lo que Dios tiene preparado para nosotros

(1) “ *El Lugar Santísimo* ”. “ *Teniendo, pues, libertad para entrar en el Lugar Santísimo, acerquémonos* ”. Llevarnos al “Lugar Santísimo” es el fin de la obra redentora de Jesús, y el que no sabe qué es el “Lugar Santísimo”, no puede disfrutar del pleno beneficio de la Redención.

¿Qué es este “Lugar Santísimo”? Es simplemente el lugar donde Dios mora: “El Lugar Santísimo”, la morada del Altísimo. Esto no se refiere solamente al cielo, sino al lugar “Santísimo” espiritual de la presencia de Dios.

Bajo el Antiguo Pacto había un Santuario material (Hebreos 9:1 y 8:2), la morada de Dios, en la que los sacerdotes moraban en la presencia de Dios y le servían. Bajo el Nuevo Pacto existe el verdadero Tabernáculo espiritual, que no está confinado en ningún lugar: “El Lugar Santísimo” es donde Dios se revela a Sí mismo (Juan 4:23-25).

¡Qué glorioso privilegio es entrar en el Lugar Santísimo y morar allí; andar todo el día en la presencia de Dios! ¡Qué rica bendición se derrama allí! En el Lugar Santísimo se disfruta del favor y la comunión de Dios; se experimenta la vida y la bendición de Dios; se encuentran el poder y el gozo de Dios. La vida se pasa en el Lugar Santísimo en pureza y consagración sacerdotal; allí se quema el incienso de olor grato y se ofrecen sacrificios aceptables a Dios. Es una vida santa de oración y bienaventuranza. Bajo el Antiguo Pacto todo era material, el Santuario también era material y local; bajo el Nuevo Pacto todo es espiritual, y el verdadero Santuario debe su existencia al poder del Espíritu Santo. Por medio del Espíritu Santo es posible una vida real en el Lugar Santísimo, y el conocimiento de que Dios anda allí puede ser tan cierto como en el caso de los sacerdotes de la antigüedad. El Espíritu hace real en nuestra experiencia la obra que Jesús ha realizado.

Creyente en Jesucristo, ¿tienes libertad para entrar y morar en el “Lugar Santísimo”? Como alguien que ha redimido, es apropiado que hagas tu hogar allí, y no en otro lugar; porque Cristo no puede, en otro lugar, revelar el pleno poder de Su redención. Pero allí, ¡oh! allí, Él puede bendecirte ricamente. ¡Oh! Entiéndelo entonces, y que el objetivo de Dios y de nuestro Señor Jesús sea también el tuyo. Que sea el deseo de nuestros corazones entrar en el “Lugar Santísimo”, vivir en el “Lugar Santísimo”, ministrar en el “Lugar Santísimo”. Podemos esperar confiadamente que el Espíritu Santo nos dé una concepción de la gloria de entrar en una morada en el “Lugar Santísimo”.

(2) *Libertad a través de la sangre .*

La entrada al Lugar Santísimo, como el Lugar Santísimo mismo, pertenece a Dios. Dios mismo lo pensó y lo preparó; tenemos la libertad, la autonomía, el derecho de entrar por la Sangre de Jesús. La Sangre de Jesús ejerce un poder tan maravilloso que, por medio de ella, un hijo de perdición puede obtener plena libertad para entrar en el Santuario divino, el Lugar Santísimo. “Vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos a la sangre de Cristo” (Efesios 2:13).

¿Y cómo es que la Sangre ejerce este maravilloso poder?

La Escritura dice que “la vida está en la sangre” (Levítico 17:11). El poder de la Sangre está en el valor de la vida. En la Sangre de Jesús habitaba y obraba el poder de lo divino; la Sangre ya tiene en sí un poder omnipotente e incesante.

Pero ese poder no podía ejercerse para *la reconciliación* hasta que primero fuera derramado. Al soportar el castigo del pecado, hasta la muerte, el Señor Jesús conquistó el poder del pecado y lo redujo a la nada. “El poder del pecado es la ley”, al cumplir perfectamente la ley, cuando derramó Su Sangre bajo su maldición, Su Sangre ha hecho que el pecado sea completamente impotente. Así que la Sangre tiene su maravilloso poder, no sólo porque la vida del Hijo de Dios estaba en ella, sino porque fue dada como expiación por el pecado. Esta es la razón por la que las Escrituras hablan tan bien de la Sangre. Mediante la sangre del pacto eterno, Dios ha resucitado de entre los muertos a nuestro Señor Jesucristo (Hebreos 13:20).

Por su propia sangre entró en el “Lugar Santísimo” (Heb. 9, 12). El poder de la Sangre destruyó por completo el poder del pecado, de la muerte, del sepulcro y del infierno, para que nuestro Fiador pudiera salir. El poder de la Sangre abrió el cielo para que nuestro Fiador pudiera entrar libremente.

Y ahora también tenemos libertad para entrar por medio de la Sangre. El pecado nos quitó la libertad de acercarnos a Dios, pero la Sangre nos la devuelve perfectamente. Aquel que se tome el tiempo de meditar en el poder de esa Sangre, apropiándose de ella con fe, obtendrá una visión maravillosa de la libertad y la franqueza con que ahora podemos tener relaciones con Dios.

¡Oh, el poder divino y maravilloso de la Sangre! Por ella entramos en el “Lugar Santísimo”. La Sangre intercede por nosotros y en nosotros con un efecto eterno e incesante. Elimina el pecado de la vista de Dios y de nuestra conciencia. En cada momento tenemos libre y plena entrada y podemos tener relaciones con Dios por medio de la Sangre.

¡Oh, que el Espíritu Santo nos revele todo el poder de la Sangre! Bajo su enseñanza, ¡qué entrada tan plena disfrutamos a la comunión íntima con el Padre! Nuestra vida está en el “Lugar Santísimo” por medio de la Sangre.

(3) Una forma nueva y viva ,

“Así que, hermanos, tenemos libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, *es decir*, de su carne”, la sangre nos otorga el derecho de entrada. El camino, como camino vivo y vivificante, otorga el poder. Que Él haya consagrado este camino por medio de su carne no significa que sea simplemente una repetición, en otras palabras, del mismo pensamiento que “por medio de su sangre”. De ninguna manera.

Jesús derramó su sangre por nosotros: en ese aspecto particular no podemos seguirlo. Pero el camino por el que Él anduvo cuando derramó su sangre, el desgarrar del velo de su carne, en ese camino debemos seguirlo. Lo que Él hizo al abrir ese camino es un poder viviente que nos atrae y nos lleva cuando entramos en el “Lugar Santísimo”. La lección que tenemos que aprender aquí es ésta: el camino hacia el “Lugar Santísimo” es a través del *velo desgarrado de la carne*.

Así fue con Jesús. El velo que separaba a Dios de nosotros era la carne. El pecado tiene su poder en la carne, y sólo al quitar el pecado, el velo puede ser quitado. Cuando Jesús vino en la carne, sólo podía rasgar el velo muriendo; y así, para anular el poder de la carne y del pecado, “ofreció la carne y la entregó a la muerte”. Esto es lo que le dio al derramamiento de Su sangre su valor y poder.

Y ésta sigue siendo ahora la ley para todo aquel que desee entrar en el “Lugar Santísimo” a través de Su Sangre: debe hacerlo a través del velo rasgado de la carne. La Sangre exige, la Sangre lleva a cabo, el rasgado de la carne. Donde la Sangre de Jesús obra poderosamente, siempre sigue, la muerte de la carne. Quien desea perdonar la carne no puede entrar en el “Lugar Santísimo”. La carne debe ser sacrificada, entregada a la muerte. En la medida en que el creyente percibe la pecaminosidad de su carne y hace morir todo lo que está en la carne, entenderá mejor el poder de la Sangre. El creyente hace esto, no con su propia fuerza, sino por un camino vivo que Jesús ha consagrado; el poder vivificante de Jesús obra de esta “manera”. El cristiano está crucificado y muerto con Jesús, “los que son de Cristo han crucificado la carne”. Es en comunión con Cristo que entramos a través del velo.

¡Oh camino glorioso, “el camino nuevo y vivo”, lleno de poder vivificante, “que Cristo nos abrió”! Por este camino tenemos la libertad de entrar en el “Lugar Santísimo” por la Sangre de Jesús. Que el Señor Dios nos conduzca por este “camino”, a través del velo rasgado, a través de la muerte de la carne, hasta la vida plena del Espíritu, y entonces encontraremos nuestra morada dentro del velo, en el “Lugar Santísimo” con Dios. Cada sacrificio de la carne nos conduce, a través de la Sangre, más adentro del “Lugar Santísimo”.

(NOTA.—Compárese además, con cuidado, 1 Pedro iii. 18, “Cristo fue condenado a muerte en la carne”; iv. 1, “Cristo padeció por nosotros en la carne, pero viviendo en Espíritu”; iv. 6, “Condenó al pecado en la carne.”)

(4) El gran sacerdote . “Y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos”. Alabado sea Dios, no sólo tenemos la obra, sino la persona viva de Cristo, al entrar en el “Lugar Santísimo”; no sólo la Sangre y el camino vivo, sino Jesús mismo, como “Sumo Sacerdote sobre la Casa de Dios”.

Los sacerdotes que entraban al Santuario terrenal podían hacerlo solamente debido a su relación con el Sumo Sacerdote; sólo los hijos de Aarón eran sacerdotes. Nosotros tenemos una entrada al “Lugar Santísimo” debido a nuestra relación con el Señor Jesús. Él le dijo al Padre: “Heme aquí, yo y los hijos que me diste”.

Él es el gran sacerdote. La Epístola a los Hebreos nos ha mostrado que Él es el verdadero Melquisedec, el Hijo eterno, que tiene un sacerdocio eterno e inmutable, y como Sacerdote está sentado en el Trono vive allí para orar siempre, por lo tanto también es capaz de “salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios”. Un Sacerdote grande y todopoderoso.

Sumo sacerdote sobre la casa de Dios, designado para todo el ministerio del Lugar Santísimo, de la Casa de Dios. Todo el pueblo de Dios está bajo su cuidado. Si deseamos entrar en el Lugar Santísimo, Él está allí para recibirnos y presentarnos al Padre. Él mismo completará en nosotros la aspersion de la Sangre. Por la Sangre que Él ha entrado, por la Sangre que Él nos hace entrar también. Él nos enseñará todos los deberes del Lugar Santísimo y de nuestra relación allí. Él hace aceptables nuestras oraciones, nuestras ofrendas y los deberes de nuestro ministerio, por débiles que sean. Más aún, Él nos concede luz celestial y poder celestial para nuestro trabajo y vida en el Lugar Santísimo. Es Él quien imparte la vida y el Espíritu del Lugar Santísimo. Así como Su Sangre consiguió una entrada, Su sacrificio de Su carne es el camino vivo. Cuando entramos, es Él por quien permanecemos allí y somos capaces siempre de andar bien, agradando a Dios. Como Sumo Sacerdote compasivo, Él sabe cómo inclinarse ante cada uno, incluso ante los más débiles. Sí, eso es lo que hace que la relación con Dios en el “Lugar Santísimo” sea tan atractiva: encontramos a Jesús allí, como “Sumo Sacerdote sobre la casa de Dios”.

Y precisamente cuando nos parece que el Lugar Santísimo es demasiado alto o demasiado santo para nosotros, y que no podemos entender qué es el poder de la Sangre y cómo debemos andar por el “camino nuevo y vivo”, en ese momento podemos mirar al Salvador viviente mismo para que nos enseñe y nos traiga al “Lugar Santísimo”. Él es el Sacerdote de la Casa de Dios. Sólo tienes que aferrarte a Él y estarás en el “Lugar Santísimo”.

“*Acerquémonos*”, ya que tenemos el “Lugar Santísimo” donde Dios nos espera; y la Sangre que nos da la libertad; y el camino vivo que nos lleva, y el Sumo Sacerdote para ayudarnos. “Acerquémonos”, ¡sí! “Acerquémonos”. Que nada nos impida hacer uso de estas maravillosas bendiciones que Dios ha diseñado para nosotros. Es en el “Lugar Santísimo” donde debemos entrar; nuestro derecho ha sido obtenido para nosotros por la Sangre de Jesús; por sus propias pisadas ha consagrado el camino. Él vive en su sacerdocio eterno para recibirnos en el “Lugar Santísimo”, para santificarnos, para preservarnos, para bendecirnos. ¡Oh! No dudemos más ni retrocedamos. Sacrifiquemos todo por esta única cosa, en vista de lo que Dios ha preparado para nosotros: “Acerquémonos”, por la mano de Jesús, para presentarnos ante nuestro Padre, y encontrar nuestra vida a la luz de su rostro.

¿Y deseamos saber cómo podemos estar ahora preparados para entrar? Nuestro texto nos da una gloriosa respuesta a esta pregunta.

II. Cómo estamos preparados.

Acerquémonos.

(i) *Con un corazón verdadero*

Esta es la primera de las cuatro exigencias que se le hacen al creyente que desea “acercarse”. Está unida a la segunda exigencia, “ *la plena certidumbre de la fe* ”, y es principalmente en su unión con la segunda que entendemos correctamente lo que significa “un corazón sincero”.

La predicación del Evangelio comienza siempre con el arrepentimiento y la fe. El hombre no puede recibir la gracia de Dios por la fe, si al mismo tiempo no abandona el pecado. En el progreso de la vida de fe esta ley es siempre vinculante. La plena seguridad de la fe no puede alcanzarse sin “un corazón sincero” —un corazón que sea totalmente honesto con Dios, que esté entregado por completo a Él. No se puede entrar en el “Lugar Santísimo” sin “un corazón sincero”, un corazón que esté verdaderamente deseoso de buscar lo que profesa buscar.

Acerquémonos con un corazón sincero. Un corazón que sólo desea abandonar todo para habitar en el “Lugar Santísimo”; abandonar todo para poseer a Dios. Un corazón que verdaderamente abandona todo para entregarse a la autoridad y al poder de la Sangre. Un corazón que verdaderamente elige “el camino nuevo y vivo” para atravesar el velo con Cristo, mediante el desgarramiento de la carne. Un corazón que se entrega verdadera y totalmente a la inhabitación y al señorío de Jesús.

“Acerquémonos con corazón sincero”. Sin corazón sincero no hay entrada al “Lugar Santísimo”.

Pero ¿quién tiene un corazón verdadero? El corazón nuevo que Dios nos ha dado es un corazón verdadero. Reconozcámoslo. Por el poder del Espíritu de Dios, que mora en ese corazón nuevo, colóquese, mediante un ejercicio de su voluntad, del lado de Dios contra el pecado que todavía está en su carne. Dígale al Señor Jesús, el Sumo Sacerdote, que se someta y arroje ante Él todo pecado y toda su vida personal, abandonando todo para seguirlo a Él.

Y en cuanto a las profundidades ocultas del pecado en tu carne, de las cuales aún no eres consciente, y la malicia de tu corazón, también se ha hecho provisión para ellas. “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón”. Sométete continuamente a la luz escrutadora del Espíritu. Él descubrirá lo que está oculto para ti. El que hace esto tiene un corazón sincero para entrar en el “Lugar Santísimo”.

No tengamos miedo de decir a Dios que nos acercamos con un corazón sincero. Tengamos la seguridad de que Dios no nos juzgará según la perfección de lo que hagamos, sino según la honestidad con que nos rindamos a un lado de todo pecado conocido, y con

que aceptemos la convicción por el Espíritu Santo de todo nuestro pecado oculto. Un corazón que hace esto honestamente es, a los ojos de Dios, un corazón verdadero. Y con un corazón verdadero se llega al Lugar Santísimo por medio de la Sangre. ¡Alabado sea Dios! Por medio de su Espíritu tenemos un corazón verdadero.

(2) *En plena certidumbre de fe .*

Sabemos qué lugar ocupa la fe en el trato de Dios con el hombre. “Sin fe es imposible agradar a Dios”. Aquí, en la entrada al “Lugar Santísimo”, todo depende de “la plena certeza de la fe”.

Debe haber “una plena certidumbre de fe” de que existe un Lugar Santo donde podemos morar y caminar con Dios, y de que el poder de la preciosa Sangre ha conquistado el pecado tan perfectamente que nada puede impedir nuestra comunión tranquila con Dios; y de que el camino que Jesús ha santificado por medio de Su carne es un camino vivo, que lleva a quienes lo pisan con eterno poder viviente; y de que el gran Sacerdote sobre la casa de Dios puede salvar por completo a quienes se acercan a Dios por medio de Él; de que Él por Su Espíritu obra en nosotros todo lo que es necesario para la vida en “el Lugar Santísimo”. Debemos creer estas cosas y aferrarnos a ellas en “la plena certidumbre de fe”.

Pero, ¿cómo puedo llegar allí? ¿Cómo puede mi fe crecer hasta esta plena seguridad? Por medio de la comunión con “Jesús, el consumidor de la fe” (Hebreos 12:2). Como el gran Sacerdote sobre la casa de Dios, Él nos capacita para apropiarnos de la fe. Al considerarlo a Él, su maravilloso amor, su obra perfecta, su preciosa y todopoderosa Sangre, la fe se sostiene y se fortalece. Dios lo ha dado para despertar la fe. Al mantener nuestros ojos fijos en Él, la fe y la plena seguridad de la fe llegan a ser nuestras.

Al manejar la Palabra de Dios, recuerde que su fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios. La fe viene por la Palabra y crece por la Palabra, pero no la Palabra como letra, sino como la voz de Jesús; sólo “las palabras que yo os hablo” son vida espiritual, sólo en Él están las promesas de Dios: “Sí y Amén”. Tómese tiempo para meditar en la Palabra y atesórela en su corazón, pero siempre con el corazón puesto en Jesús mismo. Es la fe en Jesús lo que salva. La Palabra que se lleva a Jesús en oración y se habla con Él, es la Palabra que es eficaz.

Recuerda que “a quien tiene, se le dará”. Usa la fe que tienes; ejércitala; declárala; y deja que tu confianza en Dios se convierta en la ocupación principal de tu vida. Dios desea tener hijos que crean en Él; Él desea nada más que la fe. Acostúmbrate a decir en cada oración: “Señor, creo que obtendré esto”. Al leer cada promesa de las Escrituras, di: “Señor, creo que cumplirás esto en mí”. Durante todo el día, haz que sea tu santo hábito en todo —sí, en todo— ejercer confianza en la guía de Dios y en Su bendición.

Para entrar en el Lugar Santísimo es necesaria la “plena certidumbre de fe”. “Acerquémonos con plena certidumbre de fe”. La redención por medio de la Sangre es tan perfecta y poderosa; el amor y la gracia de Jesús son tan desbordantes; la bendición de

morar en el Lugar Santísimo es tan segura para nosotros y está a nuestro alcance: “Acerquémonos con plena certidumbre de fe”.

(3) El corazón limpio . Acerquémonos, teniendo “ *nuestro corazón limpio de mala conciencia* ”. El corazón es el centro de la vida humana, y la conciencia es el centro de la

El hombre se da cuenta de su relación con Dios por medio de su conciencia, y una mala conciencia le dice que no todo está bien entre Dios y él; no sólo que comete pecado, sino que es pecador y está alejado de Dios. Una buena conciencia o conciencia limpia da testimonio de que agrada a Dios (Hebreos 11:5). Da testimonio no sólo de que sus pecados están perdonados, sino de que su corazón es sincero ante Dios. El que desea entrar en el “Lugar Santísimo” debe tener su corazón limpio de mala conciencia. Las palabras se traducen como “nuestros corazones purificados de una mala conciencia”. Es la aspersion de la Sangre lo que sirve. La Sangre de Cristo purificará su conciencia para servir al Dios vivo.

Ya hemos visto que la entrada al “Lugar Santísimo” se hace por la Sangre, por la cual Jesús entró al Padre. Pero eso no es suficiente. Hay una doble aspersion: los sacerdotes que se acercaban a Dios no sólo eran reconciliados por la aspersion de la Sangre delante de Dios sobre el altar, sino que sus mismas personas debían ser rociadas con la Sangre. La Sangre de Jesús debe ser puesta por el Espíritu Santo en contacto directo con nuestros corazones de tal manera que éstos sean limpiados de una mala conciencia. La Sangre elimina toda autocondenación. Limpia la conciencia. La conciencia entonces da testimonio de que la eliminación de la culpa ha sido tan perfectamente completada, que ya no hay la más mínima separación entre Dios y nosotros. La conciencia da testimonio de que somos agradables a Dios; de que nuestro corazón está limpio; de que por medio de la aspersion de la Sangre estamos en verdadera comunión viviente con Dios. Sí, la Sangre de Jesucristo limpia de todo pecado, no sólo de la culpa sino también de la mancha del pecado.

Por el poder de la Sangre, nuestra naturaleza caída no puede ejercer su poder, así como una fuente con su suave rocío limpia la hierba, que de otro modo estaría cubierta de polvo, y la mantiene fresca y verde, así también la Sangre trabaja con un efecto incesante para mantener limpia el alma. Un corazón que vive bajo el pleno poder de la Sangre es un corazón limpio, purificado de una conciencia culpable, preparado para “acercarse” con perfecta libertad. Todo el calor, todo el ser interior, es purificado por una operación divina.

“Acerquémonos, purificados los corazones de mala conciencia”. Creamos, “en plena certidumbre de fe”, que nuestros corazones están limpios. Honremos grandemente la Sangre, confesando delante de Dios que nos limpia. El Sumo Sacerdote, por medio del Espíritu Santo, nos hará comprender el pleno significado y poder de las palabras: “tener el corazón limpio por la Sangre”; la entrada al Lugar Santo preparada por medio de la Sangre; y, además, nuestros corazones preparados por la Sangre para entrar. ¡Oh, cuán glorioso es entonces, tener el corazón limpio, entrar y permanecer en “el Lugar Santísimo”!

(4) El cuerpo lavado . Acerquémonos, lavando el cuerpo con agua clara. Pertenece a dos mundos, el visible y el invisible. Tenemos un mundo interior, oculto.

vida, que nos pone en contacto con Dios; y una vida exterior, corporal, por la que estamos en relación con el hombre. Si esta palabra se refiere al cuerpo, se refiere a toda la vida en el cuerpo con todas sus actividades.

El corazón debe ser rociado con sangre, el cuerpo debe ser lavado con agua pura. Cuando los sacerdotes eran consagrados, eran lavados con agua, así como rociados con sangre (Éxodo 29:4, 20, 21). Y si entraban en el Lugar Santo, no sólo estaba el altar con su sangre, sino también la fuente con su agua. Así también Cristo vino mediante agua y sangre (Juan 5:6). Fue bautizado con agua y luego con sangre (Lucas 12:50).

Para nosotros también hay una doble purificación: con agua y con sangre. El bautismo con agua es para arrepentimiento, para dejar de lado el pecado: "Bautízate y lava tus pecados". Mientras que la sangre limpia el corazón, el hombre interior, el bautismo es la entrega del cuerpo, con toda su vida visible, a la separación del pecado.

Así que "acerquémonos, purificados nuestros corazones de mala conciencia y lavados nuestros cuerpos con agua pura". El poder de la Sangre para limpiar interiormente no puede experimentarse a menos que también nos limpiemos a nosotros mismos de toda inmundicia de la carne. La obra divina de limpieza, mediante la aspersion de la Sangre, y la obra humana de limpieza al dejar de lado el pecado, son inseparables.

Debemos estar limpios para poder entrar en el Lugar Santísimo. Así como nunca soñarías con entrar en la presencia de un rey sin lavarte, tampoco puedes imaginar que puedas entrar en la presencia de Dios, en el Lugar Santísimo, si no estás limpio de todo pecado. En la Sangre de Cristo que limpia de todo pecado, Dios te ha otorgado el poder de limpiarte a ti mismo. Tu deseo de vivir con Dios en el Lugar Santísimo debe estar siempre unido con el más cuidadoso despojo hasta del más mínimo pecado. Los impuros no pueden entrar en el Lugar Santísimo.

Alabado sea Dios, Él desea tenernos allí. Como Sus sacerdotes debemos ministrarle allí. Él desea nuestra pureza, para que podamos disfrutar de la bendición del "Lugar Santísimo", es decir, Su santa comunión; y Él se ha encargado de que por medio de la Sangre y por el Espíritu, podamos ser limpios.

Acerquémonos, teniendo nuestro corazón limpio y el cuerpo lavado con agua pura.

"Acerquémonos."

El Lugar Santísimo está abierto incluso para aquellos en nuestras congregaciones que todavía no se han vuelto verdaderamente al Señor. Para ellos también se ha abierto el Santuario. La Preciosa Sangre, el camino vivo y el Sumo Sacerdote son para ellos también. Con gran confianza nos atrevemos a invitarlos incluso a ellos: "Acerquémonos". Oh, no despreciéis, mis amigos que todavía estáis lejos de Dios, oh, no despreciéis más la maravillosa gracia de Dios: acercaos al Padre que tan fervientemente os ha enviado esta invitación; que a costa de la Sangre de Su Hijo, ha abierto un camino para vosotros hacia "El

Lugar Santísimo”; que espera con amor recibiros de nuevo en Su morada, como Su hijo. ¡Oh! Os suplico que todos nos acerquemos. Jesucristo, el Sumo Sacerdote sobre la Casa de

Dios es un Salvador perfecto.

“Acerquémonos.”

“Acerquémonos”. La invitación se dirige especialmente a todos los creyentes. No os conforméis con permanecer en el pórtico. No basta con albergar la esperanza de que vuestros pecados son perdonados. “Acerquémonos”, entremos tras el velo, avancemos en espíritu hacia una verdadera cercanía a nuestro Dios. “Acerquémonos” y vivamos más cerca de Dios, y habitemos plenamente en su Santa Presencia. “Acerquémonos”, nuestro lugar es el Santuario más íntimo.

“Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe.” El que se entrega sincera y enteramente a Dios, experimentará por medio del Espíritu Santo “la plena certidumbre de fe” para recibir para sí, libre y alegremente, todo lo que la Palabra ha prometido. Nuestra debilidad de fe surge de la duplicidad de corazón. “Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre” de que la bendición es nuestra. La Sangre ha expiado y conquistado el pecado de manera tan perfecta, que nada puede impedir que el creyente entre libremente a Dios.

“Acerquémonos, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura”. Recibamos en nuestros corazones la fe en el poder perfecto de la Sangre, y desechemos todo lo que no esté de acuerdo con la pureza del Lugar Santo. Entonces comenzamos a sentirnos cada día más a gusto en el “Lugar Santísimo”. En Cristo, que es nuestra Vida, también estamos allí. Entonces aprendemos a llevar a cabo todo nuestro trabajo en el “Lugar Santísimo”. Todo lo que hacemos es un sacrificio espiritual agradable a Dios en Jesucristo. Hermanos, “acerquémonos” porque Dios nos espera en el “Lugar Santísimo”.

“Acerquémonos.”

Ese llamado tiene una referencia especial a la oración. No es que nosotros, como sacerdotes, no estemos siempre en el “Lugar Santísimo”, sino que hay momentos de comunión más inmediata, cuando el alma se vuelve por completo a Dios para estar comprometida sólo con Él. ¡Ay!, nuestra oración es con demasiada frecuencia un llamado a Dios desde la distancia, por lo que tiene poco poder. En cada oración, veamos primero que estamos realmente en el “Lugar Santísimo”. Con corazones perfectamente purificados de una mala conciencia, apropiémonos en fe silenciosa del pleno efecto de la Sangre, por la cual el pecado como separación entre Dios y nosotros es completamente eliminado. ¡Sí! Tomemos tiempo hasta que sepamos que, ahora, estoy en el “Lugar Santísimo” por medio de la Sangre y luego oremos. Entonces, podemos poner nuestros deseos y anhelos ante nuestro Padre, con la seguridad de que son un incienso aceptable. Entonces, la oración es un verdadero “acercamiento” a Dios, un ejercicio de comunión interior con Él; entonces, tenemos valor y poder para llevar a cabo nuestra obra de intercesión sacerdotal y para orar

para que baje bendiciones sobre los demás. El que habita en el Lugar Santísimo por el poder de la Sangre es verdaderamente uno de los santos de Dios, y el poder de la Santa y Bendita presencia de Dios sale de él hacia los que están a su alrededor.

Hermanos, “acerquémonos”, oremos por nosotros mismos, por los demás, por todos. Que el “Lugar Santísimo” sea nuestra morada fija, de modo que podamos llevar con nosotros a todas partes la presencia de nuestro Dios. Que ésta sea para nosotros la fuente de vida, que crece de fuerza en fuerza, de gloria en gloria, siempre en el “ *Lugar Santísimo* ” por la *Sangre* . Amén.